

EL OPTIMISMO DE AGOSTO

PARECE que hay un cierto optimismo en los medios gubernamentales y en el partido reinante. La evolución del tema Estatuto vasco-ETA les parece favorable, Suárez ha partido a hacer las Américas dejando atrás el Estatuto catalán en mejor vía de la que comenzó —siempre estas negociaciones se dramatizan en un principio y se terminan con champán y carcajadas: son dos excesos que nunca corresponden a las realidades que subrayan— y el doble golpe de alfanje del “plan económico” —un “adelanto”— y del edicto de los salarios no se ha tropezado con un escudo tan fuerte como se suponía. No deberían olvidar que estamos en agosto, mes algodonoso y sordo, donde todo pasa con gran impunidad y cuando el contacto de las gentes con la realidad intrínseca está devaluado.

EL tema ETA-Estatuto ha sido de una gran espectacularidad. El triple golpe de Madrid y, días después, la conferencia de prensa de sus responsables en “un lugar de Euskadi” han sido bien explotados y bien capitalizados. Las bombas contra el turismo fueron bombas contra el pueblo, o lo resultaron así. Fueron repudiadas unánimemente. Siempre hay una repulsa en cualquier acto de este tipo; este acto fue especial, la repulsa fue especial también: dentro de la misma organización, según parece. La conferencia de prensa de ETA (p-m) era una autocrítica, un arrepentimiento, un intento de justificación y una suspensión de la campaña. Hay, sin embargo, algunos perfiles en todo este grupo de hechos que deberían ser considerados con menos optimismo por el Gobierno. Las bombas de Madrid demostraron ya toda la vulnerabilidad de la sociedad española; la posibilidad de que se celebrase la conferencia de prensa —y la insinuación de que haya podido celebrarse en territorio francés no descarga la cuestión, sino todo lo contrario: no se explicaría cómo los periodistas convocados y transportados habrían podido pasar la frontera— demuestra otra impunidad. La denuncia de que catorce bombas habían sido colocadas y once de ellas rescatadas por los propios comandos, dejando otras tres como testigo —que, efectivamente, fueron localizadas y desactivadas— sigue mostrando una considerable superioridad de ese enemigo en el terreno de la violencia. Todo parece indicar que, si hubieran querido, a pesar de todos los consejos de guerra presididos por Suárez, a pesar de la Ley de Seguridad Ciudadana y de los refuerzos policíacos, podríamos estar ahora en plena catástrofe, en una costosísima desbandada de turistas después de una hecatombe, y a la espera de nuevos acontecimientos luctuosos. Hasta el punto de que se puede pensar que todo podía haber estado calculado por ETA (p-m) como una gran operación: las declaraciones de guerra, la explosión de las bombas de Madrid y la apertura de la tregua, como para demostrar que es ella misma la que decide cuándo y cómo crece la tensión y cuándo y cómo produce el alivio. Aunque hubiese sido así, el error estaba también dentro. La clave está, probablemente, en la frase antes subrayada: si hubieran querido. Por alguna o por muchas razones no ha querido. Equivale a decir que no ha podido. Y es en esas razones en

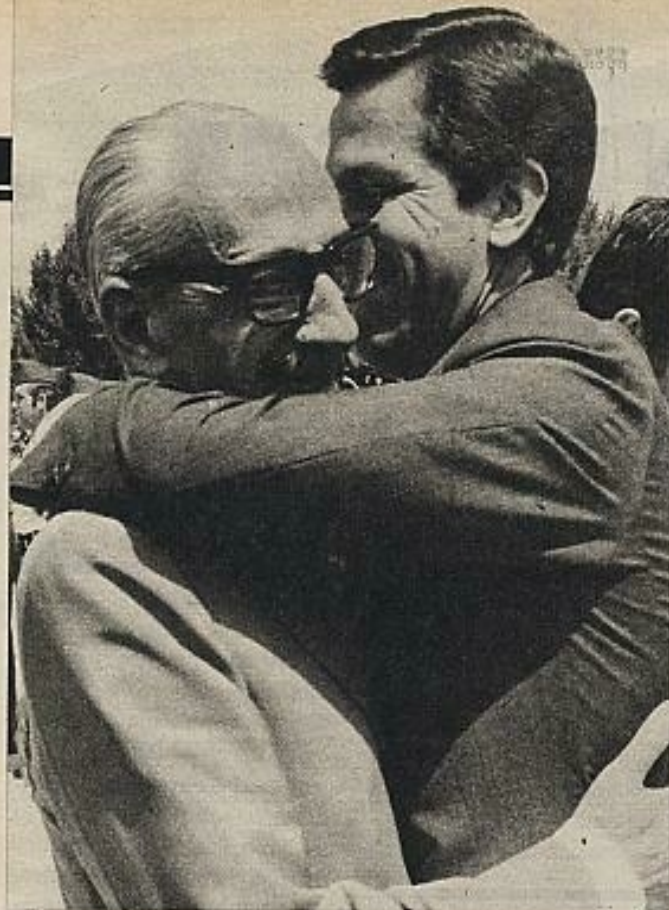
las que hay que ahondar, en las que hay que insistir: para que nunca quiera; para que nunca más pueda. Se atribuyen estas razones al resultado crecientemente contraproducente de sus actos; a la producción de un antivasquismo en todo el país; a la esperanza que puedan tener una gran mayoría de vascos de que la vía del Estatuto sea suficiente y satisfactoria; a las divisiones internas en la propia rama político-militar. De la cual se llega a decir, apurando el optimismo ucedista, que “está prácticamente disuelta”. Si yo estuviera en la situación del Gobierno ni caería en ese optimismo ni lo dejaría instilar con facilidad. Un salto atrás, un acto de gran magnitud, podría de nuevo volver a precipitar toda la cuestión en una catástrofe política. Hay quien lo piensa así, sin duda. Hay quien actúa en ese



La conferencia de prensa de ETA (p-m): autocrítica, arrepentimiento, intento de justificación y suspensión de la campaña. Pero también, una vez más, prueba de libertad de movimientos.

sentido. Los atentados contra starras en territorio francés, la bomba del domingo en la sede de un partido “abertzale”, parece tener el sentido de que las hostilidades no terminen tan fácilmente; de producir una nueva reacción. Es decir, de no dejar de ninguna manera que Suárez y UCD capitalicen, o intenten capitalizar, una posible vuelta a la paz o una negociación sobre bases de Estatuto y de Constitución.

TAMPOCO se puede olvidar que el Estatuto tiene dos clases de enemigos: la ETA y todo el amplio grupo de separatistas radicales (a los que se unen los que, sin ser radicales, temen que no vaya a funcionar o que esté lleno de “trampas”), por una parte, y, por otra, la derecha que lo está utilizando como bandera contra la “desintegración” provocada por Suárez; una derecha que va desde lo meramente razonador —des-



Suárez —que abraza a Gutiérrez Mellado en Barajas— ha partido a hacer las Américas dejando atrás el Estatuto catalán en mejor vía de la que comenzó.

de sus puntos de vista— hasta el extremismo que practica el terrorismo intelectual para el que el Gobierno, por cierto, está tan poco armado como para el otro. Si UCD está capitalizando los sucesos de Madrid y la conferencia de prensa, el terrorismo intelectual de la derecha extrema los capitaliza también, desde las frases de "toda concesión es inútil" hasta las acusaciones de entreguismo y desmembración de la Patria. Parte de la opinión intransigente está incluso dentro de UCD; el fracaso en la aplicación del Estatuto, el recrudescimiento del terrorismo armado, la persistencia del terrorismo intelectual hacen pensar que no hay demasiados motivos para champán y regocijo, y que la sordina de agosto puede convertirse en una serie de clarinetazos en el mes de septiembre.

COMO con los otros temas. Una cosa son las objeciones teóricas de los economistas de la oposición y de los dirigentes sindicales a las consecuencias del "plan económico" y del Decreto sobre revisión de salarios —un extraño Decreto que apenas decreta, sino que recomienda, pero que anuncia ya que grandes sectores como el de pensionistas y el de funcionarios públicos se va a quedar fuera de la pequeña compensación que admite para los trabajadores privados— y otra será cuando alcance en su viva carne a los ciudadanos, después de agosto: cuando se perciba que la inflación galopa en la cuestión de precios, que son incontables, y que se trata de contener solamente en el sector salarial.

TODO ello hace pensar que el optimismo de agosto va a saltar por los aires cuando termine el mes, si no antes; y que para entonces el Gobierno y el partido reinante se habrán quitado la venda de los ojos de este optimismo estival, y tendrán que abordar las soluciones con otra entereza y con otro tipo de planes más coherentes que los que indican el mero adelanto que ha hecho actualmente. Quizá también con otro tipo de hombres. ■

MIGAJAS EN LA BARBA

Una novela picaresca contaba la historia del hidalguero que, pasando hambre, espolvoreaba migas de pan sobre su barba para fingir que acababa de comer. Es una actitud española, quizá sólo el fragmento de una actitud española más compleja que está por encima de la riqueza y de la pobreza. Dígasele a un español que es rico, y lo rechazará rápidamente; dígasele que es pobre, y se indignará también.

Hidalgueros venidos a menos, va a ser difícil, ahora, que aprendamos a mostrarnos como pobres, tal como pide el señor Abril Martorell. De que lo vamos a ser, de que lo estamos siendo ya —unos más que otros— no cabe la menor duda. Pero lo vamos a disimular todo lo que podamos. Y es un disimulo que cuesta muy caro. No va a ser fácil, por ejemplo —ni creo que se le haya ocurrido a nadie—, que España cierre los grandes palacios que en el mundo sirven para Embajadas y residencias de sus embajadores, o que se suprima el Parque Móvil y los ministros vayan en bicicleta a su trabajo, como en Holanda. No va a ser fácil volver al "plato único" o al "día sin postre", como en los tiempos difíciles. Nadie convencerá al burgués a que renuncie a las cenas de matrimonios del viernes por la noche, a los uniformes de sus hijas en los colegios o a la segunda residencia. Nadie está dispuesto a usar su camisa hasta que haya que zurcirla.

No parece que vayamos a renunciar a las migajas en la barba. Quizá haya una pobreza invisible, de la que se revela solamente en las estadísticas colectivas —menor consumo de carne, mayor consumo de pan—; seguramente aumentará la clase de los que ya no tienen nada que perder, y se vea crecer los mendigos en las calles. Pero al hidalgo va a ser muy difícil hacerle renunciar a sus signos externos. Nadie quiere ser nuevo pobre.

Estamos en la civilización de los signos externos. Otros países la han pasado ya hace mucho tiempo, y les es probablemente más fácil renunciar a ella. Aquí todavía fascina el mundo de los grandes despachos con moquetas y porcelanas del Retiro, con tapices de la Real Fábrica y cuadros del Patrimonio Nacional; aquí hay quien se aferra en su casa al parquet y a los múltiples cuartos de baño, al televisor en color y al perro de lujo y "pedigree" —como si el otro no ladrase igual— como si fuera su vida en ello. Han luchado por ello como terribles leones; han hipotecado su vida en pluriempleos, en horas extraordinarias, han sido capaces de dibujar un horizonte de letras que llegue hasta su vejez. Hay gentes que se aproximan al infarto por tomar un café irlandés en el pub del barrio de ejecutivos donde viven. Han sido capaces de abandonar su descanso, su ocio, su cultura por jugar al tenis en una pista propia o en el club de la urbanización.

Cuidado con esa clase. De ella han salido las grandes revoluciones burguesas. De ella han salido también los fascismos. ■

POZUELO